3.

INSTRUCCION

PASTORAL

AL CLERO.



ADVERTENCIA.

Los males gravísimos que afligen à nuestra amada Patria no han podido menos de escitar nuestra consideracion sobre algunas de las causas que puedan haber contribuido á ellos, y al propio tiempo aplicar el remedio que esté de nuestra parte.

Hemos llegado à temer, y aun á persuadirnos, si la poca vigilancia de los centinelas de la Casa de Israél, de los Pastores del Rebaño de Jesucristo, del Clero de España; y al mismo tiempo el mal tratamiento de los Seglares á su tierna Madre la Santa Iglesia han contribuido mucho y son una de las causas principales del triste estado de nuestra Patria, y de nuestra Iglesia: En esta persuasion nos hemos resuelto à dirigir à nuestro Clero la presente Instruccion Pastoral llamândole su atencion para que esté advertido, con el fin de ocurrir por su parte al remedio de presente, y en lo sucesivo.

Constarà de tres puntos: 1.º Como deba conducirse nuestro Clero en las presentes tristes circunstancias de persecucion de la Iglesia, en nuestra Patria: 2.º Cuál deberá ser su conducta cuando cese la persecucion: 3.º mucho mas difuso que los dos anteriores, sobre la opresion de la Iglesia causada por los Seglares, ò el poder del Siglo.

Hace cerca de un año que la teniamos concluida sin resolvernos à darla á luz. Resueltos ya, y tratando de ganar tiempo, y facilitar su ímpresion, nos ha parecido mas conveniente no hacerla toda de una vez, sino en tres cuadernos separados; en atencion à que los tres puntos que comprende no tienen tal conexion, que no aproveche la lectura del uno, sin la de los otros.

Cuidaremos de que continùe la impresion de los tres cuadernos sin interrupcion.

NOS D. FELIX HERRERO

VALVERDE POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE ORIHUELA DEL CONSEJO DEL REY N. S. DELEGADO APOSTOLICO &c. &c. &c.

Al venerable Clero de nuestra Diócesis de Orihuela, y á el de las otras Diócesis en que ejercemos jurisdicion en virtud y con arreglo á la Delegacion Apostólica: Salud E. N. S. J. C.

La paz de Dios, no la que el mundo dà, la paz de Dios sea con todos vosotros, amados hermanos y cooperadores nuestros, y esta paz que escede á todo sentido guarde vuestros corazones y vuestros entendimientos en Jesucristo Señor nuestro, Amen.

Seis años, por no decir mas de cuarenta, seis años van á cumplirse desde que la Iglesia de Jesucristo en España, nuestra Iglesia de España se halla oprimida y desolada con la mas dura, temible y peligrosa persecucion de cuantas ha sufrido desde su establecimiento hasta nuestros dias. Tres son las principales que antes de esta la han afligido, ha llorado y llegaron como á obscurecer su esplendor y color hermoso. La de los primeros siglos en tiempo de los emperadores gentiles: la que la causaron las irrupciones de los bárbaros del Norte, Paganos y Arrianos: y la tercera mas larga y prolongada del bàrbaro Agareno, que por siglos dominó la mayor parte y la mas hermosa de nuestro suelo. Crueles, prolongadas, y desoladoras fueron las tres; pero no dudamos asegurar que la presente,

la que padece en nuestros aciagos dias es mas peligrosa y temible y tambien mas cruel y sangrienta que lo fueron las anteriores.

La primera de los gentiles fué sangrienta en verdad. Por todas partes se encontraban inocentes víctimas sacrificadas por los idólatras, por su constancia en confesar y defender la fè y Religion del Crucificado; pero estas víctimas llenaban de gloria y esplendor á la Iglesia, y eran otros tantos triunfos de la Religion de Jesucristo, y otras tantas victorias que dilataban su imperio. La sangre de los Mártires derramada y sembrada, digámoslo asi, en la tierra, en el campo de la Iglesia era semilla que producia un nùmero inmenso de nuevos cristianos, y lejos de disminuirse el de los hijos de la Iglesia por los que morian en los cadalsos, se aumentaba y crecia todos los dias en medio de la persecucion.

La que siguiò de los bàrbaros del Norte originó muchos males. Fueron arrasados gran número de templos y otros profanados: los Sacerdotes y Ministros del Señor perseguidos y desterrados, pero lèjos de abandonar su fè y de contaminarse con la impiedad y heregia arriana, por el contrario nunca se vió mas constancia y mas celo en los Obispos y Sacerdotes por la defensa é integridad de la fè catòlica, y esto mismo se veia en los fieles de ambos sexos. Entonces brillaron y llenaron de luz á nuestra Iglesia los Leandros, Fulgencios, Isidoros, las Florentinas y otros muchos: entonces se fundaban y permanecian monasterios numerosos de ambos sexos y se vieron Mártires y Reyes Mártires que quisieron perderlo todo antes que abandonar su fé y adherirse á la impiedad arriana.

La tercera de los sectarios de Mahoma causò los mayores males à nuestra Iglesia. Se viò como desolada y desierta, estinguido el culto divino en la mayor parte del reino y perseguidos los fieles por serlo; pero eran bárbaros, estrangeros, infieles, enemigos declarados de la Religion de Jesucristo los que así la perseguian; y en medio de tan terrible persecucion, la Religion divina permaneciò

intacta en los corazones de los españoles y aun puede asegurarse que desde entonces, desde aquella época se avivó más y más y se encendió en sus pechos aquel celo, aquel fuego santo capaz no solo de restablecerla con mas esplendor que antes de la irrupcion agarena, sino de propagarla y estenderla en todo el mundo como se vió en los siglos siguientes. ¡Cuánto celo no manifestaron entonces nuestros padres por su fè, y religion! Vièrais un número inmenso de Sacerdotes, de Monges, y de legos huyendo del feròz conquistador apresurados; pero cargando sobre sus hombros las reliquias y cuerpos de los Santos, los ornamentos, vasos y libros sagrados, buscaban asilo dentro y fuera del reino para ponerlos à cubierto de la profanacion del bárbaro. Viérais tambien á los desgraciados españoles que sucumbieron à los Agarenos profesar en medio de ellos y conservar su fé y Religion y solemnizar las funciones del culto divino en todas las Iglesias que les quedaban libres; y à una infinidad perder sus vidas en defensa de su fè, consumando un glorioso martirio. Entonces entre los moros resplandecieron los Eulogios, los Frutos, los Alvaros y tantos otros Sacerdotes y Monges y fieles de toda clase que dieron tanto lustre à la Religion y à la Iglesia con su sabiduría y con su sangre. Triste fuè en verdad y prolongada esta persecucion de nuestra Iglesia pero tambien puede asegurarse sin temor de errar, que ella sirvió de ocasion de que conociese el mundo todo hasta donde podia llegar el valor de los Españoles conducidos por el celo santo de la Religion de Jesucristo y por el amor de su patria. Ninguna nacion del mundo ha dado de ello iguales pruebas y ejemplos.

Hé aquí, amados hermanos nuestros, un leve recuerdo de las persecuciones de la Religion y de la Iglesia en España, y de los efectos que produgeron. ¿Y cuàl es la que ahora esperimentamos? ¿Y cuales son los efectos que produce? Ella no es ni menos cruel, ni menos sangrienta que la de los primeros siglos. El nùmero de victimas inocentes que sacrifica à la impiedad, à la incredulidad y al

ateismo no es menor que el que los Paganos sacrificaron á la idolatria: el nùmero de Sacerdotes y Religiosos bárbaramente asesinados y sacrificados en sus casas, en sus monasterios, en los templos, á la presencia de Jesus sacramentado, en los cadalsos, en los caminos, en los montes, en todas partes con todo gènero de muerte y sin otro delito que el ser Sacerdotes y Relgiosos, excede sin duda alguna al que entonces lo fué; pero al propio tiempo se quiere hacer creer y creen muchos, que nada de eso es en odio de la Religion y de la Iglesia. Tal es la malicía y los medios diabòlicos de los actuales perseguidores. Ellos en verdad no pueden quitar el mérito y la corona que han merecido delante de Dios los Màrtires que hacen, ni que la Santa Iglesia pronuncie algun dia su juicio infalible sobre esas vìctimas de la Religion; pero hacen cuanto pueden para que desde luego no se vea en las víctimas que sacrifican otros Fructuosos, Eulogios, Eugenios, Eulalias, Justos Pastores &c. No, no les preguntan por su fé, nos les obligan á confesar que no hay Dios, que no hay Iglesia; pero porque lo creen y porque la defienden y enseñan los matan; bien seguro es que no los mataran sino lo creyeran y confesaran. De aqui tambien de no acometer à la Religion directamente consiguen su fin de seducir á muchos para que no vean tal persecucion, y lejos de prepararse y fortalecerse contra ella, y lejos de aumentarse el número de los verdaderos fieles, se vè por el contrario con el mayor dolor à muchos de sus hijos, y á tantos y tantos españoles abandonar la Religion de sus padres.

La persecucion actual que padece nuestra Iglesia, destruye, profana, arrasa y quema mas templos y casas dél Señor que la de los Arrianos y Bárbaros del Norte; destierra, encarcela y condena á perecer de hambre y de miseria à mas sacerdotes, eclesiásticos, religiosos y religiosas que aquella; pero añade una notable circunstancia esta persecucion actual, y es que la desolacion de templos, la rapiña y profanacion de vasos sagrados y de las santas imágenes, los destierros, las víctimas destinadas á morir

de hambre, la casi estincion del culto divino, todo està dispuesto y ordenado por la ley, por el gobierno, por los que se dicen padres de la pàtria, por españoles mismos, mientras que la desolacion y violencias que causaba la anterior eran en la mayor parte efectos de la guerra y de los Bárbaros guerreros. Entonces en medio del gobierno de un conquistador herege y aun pagano, y cuando la Iglesia sufria tales desgracias, cuando la España católica veía arruinar sus templos y monasterios por el bàrbaro guerrero, cuando veía arrebatar los vasos sagrados todavìa tenia la libertad de construir y fundar otros, y de celebrar con todo esplendor las funciones del culto sin temor de que fuesen ridiculizadas en teatros, y de otros mil modos directos ó indirectos, como ahora se hace y permite hacer. Entonces viò levantarse y aparecer aquellos héroes que hemos nombrado, y que han hecho y harán siempre la gloria de España, que con intrepidez, con libertad santa podian defender y defendieron la Iglesia y la Religion, é ilustrarla con sus escritos sin las trabas y prohibiciones del gobierno del siglo. Se dirá que nadie impide ahora el que haya tales defensores de la Religion; pero aun cuando el Señor conceda à su Iglesia iguales Pastores, ¿tienen estos aquella libertad, tienen los mísmos medios ni recursos? Dìganlo los pocos Prelados y Pastores que permanecen en medio de sus rebaños y bajo el yugo revolucionario. ¿Pueden estos hablar ni escribir ni aun como puede hacerlo un Periodista? ¿Podrán reparar y erigir monasterios como lo hacian entonces? ¿Pueden libremente instruir jóvenes en sus casas y seminarios como lo hacian aquellos y promoverlos al Sacerdocio? Nadie impide en verdad, ni puede impedir que haya Florentinas; ¿pero podràn estas fundar monasterios y poblarlos de Vírgenes consagradas á Dios?

Tanto y mas que en la persecucion arriana padeció la Iglesia de España por la irrupcion Arabe, pero todavia la quedò el consuelo de ver á todos sus hijos firmes y constantes en la fè y Religion de sus padres. Vió aumen-

tarse en ellos el celo por la restauracion de los templos, y todo cuanto podia fomentar y aumentar la piedad y la devocion. Vió no solo permanecer sus monasterios, sino erigir otros de nuevo entre los Bárbaros, y veía á todos los Españoles animados siempre y dispuestos à sacrificar sus vidas por la defensa de la fè de Jesucristo. ¿Pero que ve ahora esta piadosa, esta buena Madre en tantos y tantos millares de Españoles degenerados? ¡Ah! En unos no se ve otra cosa que enemigos declarados suyos, perseguidores, tiranos, apòstatas, sin Religion, sin fé y sin Dios. Otros corrompidos, inmorales, indiferentes, insensibles, muertos en su fé y en su creencia, como si ninguna tuvieran y persuadidos á que de ninguna necesitan. Otros y tantos, y tantos que solo son cristianos por política, sin otra creencia, fè y Religion que la que ellos mismos se forman, inobedientes, desentendidos, sordos á las leyes y voces de la Iglesia, no viendo ni creyendo en esta Madre divina otra cosa que un establecimiento puramente humano, tratándola como á tal, y queriendo por lo mismo disponer á su arbitrio de sus bienes, de su jurisdicion, de su autoridad y poder divino: y por fin todos estos y otros muchos conducidos solo de su orgullo, de su vanidad y amor propio, y que ignorando la Religion que dicen profesar, se han entregado à todo viento de doctrina, se han corrompido con ella, y se han hecho insensibles á la disciplina y correccion y à la verdad misma.

Hè aqui amados nuestros, el caràcter de la persecucion que padecemos y algunos de sus tristes efectos, y por lo que escede en malicia y crueldad á las anteriores. Pero en cuanto hemos dicho hasta ahora no es en lo que consiste su mayor malicia, y lo que la constituye mas temible y perjudicial que ninguna otra.

Todas en verdad han sido contra la Religion, contra la Iglesia y contra sus fieles; pero ninguna ha tenido tantos apóstoles, tantos ángeles de Satanás transformados en ángeles de luz, ninguna tantos emisarios, tantos empleados, tantos medios y recursos para seducir las gentes co-

mo la persecucion que sufrimos. ¡Que de millares de prensas! ¡Que de infinidad de hombres ocupados en todo el mundo, afanados con el mayor teson en trabajar contra Dios y su Cristo, honrados y premiados por esa ocupacion por los mismos gobernantes, por los mismos gobiernos que se dicen catòlicos é hijos de la Iglesia! La ocupacion pésima de trastornar toda sociedad y la de destruir toda Religion se ha llegado á mirar en el mundo como la mas digna y necesaria, y á los que se dedican à ella como á hombres los mas benèficos y merecedores de consideracion.

Pero hay todavia en esto otra cosa mas triste y lamentable y que en nuestro concepto prueba mas que otra alguna el trastorno de ideas, y hasta donde ha llegado à corromper á los hombres y á los cristianos esta clase de persecucion que padece la Iglesia. Vedlo aquí. A estos hombres azote de la sociedad, corruptores de la moral pública, enemigos del gènero humano y de la Religion de Jesucristo y de su Iglesia los sostienen, mantienen y fomentan no solo sus secuaces y cooperadores de toda revolucion, sino tambien sus contrarios, los cristianos, los católicos, los hijos de la Iglesia. Asi es, no tememos decirlo. Los españoles, los que sienten, los que lloran la destruccion de su Religion y de su Patria, estos son los que contribuyen á sostener á los autores de tanto mal. No lo entendemos, amados hermanos, no sabemos como esto se hace; sabemos si ciertamente que estos de quienes hablamos no darian su dinero para comprar armas y entregárselas à los enemigos de la Religion para que la destruyesen; pero esos mismos saben y dicen que los periódicos y malos libros hacen mas daño á la Religion, que el fusil y que el cañon, y con todo eso contribuyen á sostener tal género de armas. Si solo los liberales fueran los suscriptores de periódicos y malos libros en España, no habia ni una sesta parte, ni acaso una décima. No reflexionan tales hombres, que fomentan los libros, los periódicos en que se niegan, se ridiculizan, se obscurecen los dogmas santos, los mis-

terios de nuestra fé y Religion, en donde se niega, se burla y se oculta la verdad de cuanto debemos creer y saber acerca de la jurisdicion, potestad y autoridad de nuestra Santa Madre la Iglesia; y por fin ellos sostienen á los enemigos de su Religion y de su Patria. Sean sus fines, sea su obgeto el que se quiera, sea solo el de adquirir noticias políticas y de guerra, lo que resulta à mas de lo dicho es que al propio tiempo se bebe el veneno de la mala doctrina y por lo menos se va cayendo en cierta frialdad é indiferencia en todo lo relativo à la Religion y à la Iglesia. Que las autoridades legítimas se enteren de tales papéles para prohibirlos y otros efectos que pueden convenir, lo entendemos; pero que cualquiera particular se crea poderlo hacer, esto es efecto de los progresos de la falsa ilustracion.

En efecto, amados hermanos, desde que el infierno abortó hace ya algunos siglos esta clase de perseguidores de la Religion y de la Iglesia, su empeño y su cuidado le han puesto, valiéndose de la prensa, en desfigurar la persecucion de modo que jamás aparezca como tal, ni contrarios sus proyectos á la Religion de Jesucristo ni á su Iglesia, cuando no es otro su obgeto, ni se dirigen á otra cosa sus esfuerzos, su influjo con los gobiernos ó sus gobiernos mismos, sus sectas, sus clubs y todos sus planes trazados y formados en el averno. De aqui es que para ocultar su intencion dañada trabajan sin cesar en persuadir que su objeto ùnico es el mejorar los sistemas de gobierno, estableciendo el mas conforme á la índole y á las luces del siglo; y lo mas triste es que à pesar de la mas amarga experiencia han logrado alucinar y fascinar à muchos millones de hombres y à no pocos millares de españoles de todas clases y aun de las mas elevadas, sábios, ignorantes y aun de los eclesiásticos y de todos aquellos que por su interès, por honor y Religion debian oponerse á tan horribles sistemas, y les han persuadido de tal modo, que nada es capaz de hacerles ver que lo que llaman nuevo sistema de gobierno no es otra cosa que revolucion, y revolucion

dispuesta para la ruina de la Iglesia, del estado y de ellos mismos. Tal es su terquedad nacida sin duda aun mas que de su amor propio, ambicion y soberbia, de la astucia y sagacidad con que se ha preparado y se dirige esta persecucion por medio de las malas doctrinas que se han escuchado y recibido sin temor.

¡Con que astucia, con que engaños y sagacidad diabólica no se ha trazado este plan de destruccion de la Religion y de la Iglesia! Sabian que el medio mas seguro era someter una y otra á la potestad del siglo, y este es el plan que han adoptado, han seguido y siguen, cuidando al propio tiempo de aparentar siempre celo por la Religion misma y por la felicidad de los pueblos. Todos los amaños y arterías, toda la hipocresia de los Jansenistas, toda la charlatanería de los impìos filòsofos, todos los planes y esfuerzos de las sectas, siguiendo siempre los principios de Lutero y Calvino y edificando sobre ellos nuevas heregias è impiedades no han tenido otro fin, y las armas principales de que se han valido y se valen con todo el èxito que podian prometerse es de las doctriuas impias y seductoras esparcidas en todo el mundo por medio de la prensa, de las cuales muchas han sido lastimosa è incautamente abrazadas y seguidas hasta por Soberanos piadosos y sus gobiernos y por una consecuencia forzosa y á su ejemplo por los que han querido brillar en el mundo y hacer su carrera y fortuna prostituyendo su conciencia y hacièndose sordos à los clamores de la Iglesia la han despojado de su jurisdicion y prerrogativas hasta aparecer y estar en la realidad sin libertad y oprimida por los que mandan en el mundo.

De las malas doctrinas tambien esparcidas por todas partes se ha seguido la casi general corrupcion de costumbres, la mas asombrosa indiferencia en materias de Religion y una tan comun desobediencia à la Iglesia que ya se mira con insensibilidad y como de ninguna importancia todo lo que dice relacion á ella y por consiguiente á la Religion misma. Parece no se quiere ninguna. Tal es

*

el trastorno y confusion en esta parte que por àquello que en otros tiempos, los mas santos y sábios Obispos y Sacerdotes y aun todo fiel cristiano se creyò obligado á perder la vida antes que consentir en ello, si ahora se trata de sostener y defender se mira como un crìmen de rebelion nacido de *ignorancia* y *fanatismo.*

Por eso ya tampoco se creen necesarios templos, ni culto, ni sus ministros; por eso se les destierra, se les confina, se les priva de todo, se les condena à morir de hambre, se les degüella y se prohibe ordenar otros. Ya no se creen necesarios los Obispos, ni el Papa y ni la Iglesia, y por eso no se la oye, no se la obedece, ni aun se cree su verdadera existencia. No hay otra Religion, no hay otra Iglesia que la que cada uno se forma ò la que establezca el poder del mundo. Esto es la verdad por mas que quiera disfrazarse y estas son las ideas que dominan, que se han abrazado por tantos millares de españoles desnaturalizados, traidores à su Religion y á su Patria y estas son por la mayor desgracia las doctrinas que hace muchos años se enseñan, se escriben y consienten aun por gobiernos catòlicos y ahora se apoyan y siguen por el que manda en la religiosisima y catòlica España. Pero por eso ha llegado tambien España al borde del precipicio y punto de perecer, y ser borrada del número de las naciones; y por eso tambien como que se vé y lee escrita sobre ella la mas temible amenaza de un Dios airado que dice à la Religion: "Emigra, abandona á la España en donde asi te tratan, te desprecian y abandonan. ¡O Dios omnipotente! Dios misericordioso y de paciencia infinita, no permitais que asi sea; castigadnos antes con todas las desgracias, descargad sobre este suelo ingrato todo el poder de vuestro brazo omnipotente: *Ure, seca, non parcas;* castigadnos con todas las penas y aflicciones temporales antes que privar á esta nacion pecadora de vuestra Religion divina; mirad, Señor, que es la porcion escogida y la dote de vuestra Madre, visitada y santificada por sus divinas plantas cuando vivia en carne mortal.

Mas ay ¡hermanos nuestros, asi nos hemos distraido desde un principio! Hemos dicho mucho y nada que no sepais aun por la esperiencia, ni aun con tanto hablar hemos llegado à indicar el objeto de esta instruccion. Asi es verdad; pero disimulad este desahogo à nuestro dolor con la tosca pintura que hemos hecho del triste estado y persecucion de nuestra Iglesia, porque tambien en su vista queremos hacer dos preguntas, en las que y sus respuestas se encierra todo el plan que nos hemos propuesto y lo intentamos escribir para vuestro aprovechamiento y el nuestro. Ved las dos preguntas.

Primera: ¿Què debemos hacer y que hacemos nosotros todos los Eclesiàsticos y ministros de la Religion y de la Iglesia á la vista y durante la persecucion que intenta arruinar la Religion, la Iglesia y nuestra patria?

Segunda: Cuando restablecida la paz volvamos á nuestros destinos y libre egercicio de nuestro ministerio, como lo esperamos de la infinita misericordia de Dios, ¿què haremos ó deberemos hacer?

Estas son las dos preguntas en cuya contestacion ó respuesta como hemos dicho, consiste toda la materia de nuestra instruccion pastoral.

El Profeta Jeremías lleno de amor y caridad para con sus hermanos los Israelitas cautivos en Babilonia los instruia por medio de sus cartas como debian conducirse en su triste estado para conseguir de la misericordia de Dios la libertad y la posesion de su Sion amada. El Santo Moisès advertia à su pueblo en el desierto antes de llegar á la tierra que le estaba prometida, del modo como habia de vivir en la heredad del Señor, para que jamàs se viese privado de ella por su ingratitud. El Apostol San Pablo escribia à los fieles todos y particularmente à los Pastores dicièndoles: *Vivid con mucho cuidado y cautela no como ignorantes y necios sino como advertidos y sàbios; porque los dias en que vivimos son malos.* Nosotros amados hermanos nuestros, no tenemos la mision del Santo Moisès, ni su espíritu, ni el de Jeremías, ni el de San Pablo;

pero si la obligacion de advertiros lo que entendamos conducente sobre el modo con que debemos conducirnos durante la cautividad y triste situacion en que nos hallamos y de la conducta que debemos observar cuando volvamos à nuestra Diòcesis è Iglesia. Este es todo nuestro objeto. Dios nuestro Señor Padre de las Luces nos las conceda para que cuanto digamos sea de su divino agrado y servicio, para el de su Religion divina y el de su santa Iglesia y aprovechamiento nuestro.

Cuando permanece y continùa la mas ruda, cruel y temible persecucion de nuestra Iglesia; cuando se hacen todos los esfuerzos por Lucifer y sus ministros para dejar á la católica España sin Dios, sin fè, sin Religion; cuando el rebaño de Jesucristo se vé rodeado y acometido de tantos, tan furiosos y astutos lobos, nosotros los ministros, los Sacerdotes del Señor y de su Iglesia, los centinelas de la casa de Israel á quienes está encomendada su defensa y custodia; nosotros, amados hermanos, nosotros á vista de todo esto, ¿que es lo que debemos hacer?

Estamos persuadidos y os lo debemos decir que en nuestro concepto no es suficiente tener valor, decision y celo por la causa de Dios y de la Religion, si al mismo tiempo no estamos muy advertidos è instruidos de lo que debemos hacer para egecutarlo.

Es tal el carácter maligno de que està disfrazada la actual persecucion de la Religion y de la Iglesia, tal es la malicia de los tiranos que la han suscitado y sostienen, que á la par de sus esfuerzos en acabar con ella, es tambien su cuidado en privar de la gloria de confesores y Mártires á los que la defienden. No puede negarse que no está para nosotros tan espedito y claro el camino para llegar à la gloria de confesores y Mártires de la Religion y de la Iglesia en esta persecucion como lo estaba en las anteriores. Se sacrifican, es verdad, innumerables vìctimas por odio á la Religion y á la Iglesia sin forma alguna de juicio: se decretan è imponen destierros, confiscaciones, privacion de todo lo necesario para la vida, cárceles,

presidios y otras penas; pero al mismo tiempo se intenta hacer creer que estas penas, que estos castigos se imponen por crímenes cometidos contra la patria, contra el gobierno y la felicidad pública.

Los dogmas, los santos misterios de nuestra adorable Religion se combaten, se niegan, se ridiculizan por escrito, de palabra y por mil medios directos é indirectos; se hace lo mismo contra toda sana doctrina, y se imprime y publica todo lo que se dirige à corromper las costumbres; pero esto dicen los mismos autores y sostenedores de la persecucion, es efecto del abuso que se hace de la justa libertad que el gobierno concede para manifestar cada uno sus ideas.

Se oprime á la Iglesia, se la impide, se la niega su jurisdicion, su autoridad y potestad, pero esto, dicen, no es asi, sino que la nacion sabe lo que à ella y à la Iglesia compete, y no hace otra cosa que usar de las atribuciones propias de su soberania que la estaban usurpadas por el despotismo de unos y la ignorancia de otros. Por fin se cierran miles de templos, se profanan, se arruinan y queman, se ocupan los vasos sagrados, las alhajas del culto, todos los bienes de la Iglesia, se estinguen todos los institutos religiosos, se condena à todos los individuos à morir de hambre, se profanan y venden pùblicamente para leña y no para otro uso las Imágenes de los Santos; pero la causa de todo esto no es otra, dicen los mismos que la necesidad de salvar la patria, la salud del pueblo. Nadie que no sea un ignorante y fanático verá en todo esto, añaden los regeneradores, persecucion de la Iglesia, cuando quedan ministros, templos, Imágenes y recursos suficientes y abundantes, proporcionados por la nacion para el pasto espiritual y culto divino, ni en todo esto se intenta otra cosa que la mayor pureza y esplendor de la Religion, de su culto y de la Iglesia misma.

He aqui, amados hermanos, como se desfiguran y se disfrazan los hechos mas atroces de la persecucion; pero aun no es esto lo mas triste, lo es mucho mas y de ma-

yor desconsuelo, el que millares de Españoles, aun de aquellos que quieren contarse en el nùmero de los catòlicos, sea por malicia, sea por ignorancia lo creen asì y lo sostienen. No les basta haber visto y esperimentar lo contario; porque, valga la verdad, las víctimas sacrificadas, los centenares de Religiosos y Sacerdotes asesinados en sus conventos y en sus Iglesias, otros muchos en los cadalsos y en todas partes, ¿eran enemigos de la patria y del estado? ¿Se les habian probado estos crímenes? ¿A tantos Obispos y tantos Sacerdotes desterrados, privados de sus destinos, y de toda subsistencia, infamados, calumniados hasta lo sumo, ¿se ha probado á alguno de ellos este crímen? ¿Tienen ningun otro para ser tratados de esa manera que la santidad de su carácter, que el ser ministros de la Religion de Jesucristo y el de no conformarse con la impiedad de sus perseguidores? Pero si esto no basta para abrir los ojos á esos infelices alucinados; ¿los dogmas, los misterios de la Religion, la doctrina de la Iglesia, los templos, las santas Imágenes, los vasos sagrados, las alhajas del culto divino, los institutos religiosos han conspirado contra el gobierno y se han opuesto á la felicidad de la patria? ¿Han conspirado contra la felicidad de la patria las Religiosas condenadas à tantas penas y á morir de necesidad?...... ¿Y no convencerá todo esto de que no es la felicidad de la patria sino el odio contra Dios y su Cristo y su Iglesia, el móvil de una revolucion que se ha apoderado de todo, para destruirlo todo por destruir la Religion del Crucificado? ¡Ó España! ¡Ó catòlica España cuantos son tus pecados! ¡Cuán irritado tienes con ellos à tu Dios y Señor! ¡Mira, considera cuan amargo te es el haber escitado su ira contra tí! = ¿Y nosotros amados hermanos, en vista de la ceguedad de tantas almas que es lo que debemos entender y hacer? ¡Ó amados nuestros! Dìgan lo que quieran los enemigos de la Religion y de la Iglesia, digan y juzguen lo que quieran los engañados y fascinados por ellos, por sus pasiones y corazon corrompido, nosotros tenemos la antorcha resplandeciente que

nos alumbra en medio de tantas tinieblas; nosotros tenemos la luz de la fè, tenemos la doctrina infalible de la Iglesia y no podemos ser engañados: nosotros en materia de fè y de doctrina y en cuanto se dirige al gobierno de la Iglesia no hemos de ser enseñados y dirigidos por el poder del siglo, ni por sus apòstoles, sino que nosotros somos los que hemos de enseñarles como Pastores y ministros de la Iglesia y de la Religion, á quienes està confiado el depòsito de la doctrina: nosotros tenemos la regla infalible de la palabra de Dios, su ley santa y las de la Iglesia; siguièndola no erraremos y muriendo por ellas nadie nos privará de la corona prometida à los que pelean y vencen.

Es verdad que en el combate no nos preguntan ni preguntaràn por nuestra fé, no nos obligarán á renunciar de los dogmas y misterios de nuestra Religion, no tendremos la forma y modo de combate que los Fructuosos y Vicentes, pero el dogma està combatido, los misterios están blasfemados; defendámoslos, sostengámoslos, luchemos por ellos hasta la muerte y no serà menos cierta y gloriosa nuestra corona: A San Pedro Arbués, al otro San Pedro de Verona, al Santo Abad y doscientos Monges de Cardeña no les preguntaron por su fè, no les obligaron á renunciarla; pero los mataron, los asesinaron á los primeros porque la defendian y à los ùltimos porque eran Monges Cristianos, y Dios los coronó y la Iglesia los venera como verdaderos Mártires.

No consintamos en manera alguna en la profanacion de los templos, no entreguemos sus llaves al poder del siglo, aunque nos corten las manos en que las tenemos; no entreguemos, ni consintamos en la entrega de los vasos sagrados y alhajas de la Iglesia: llevénselos, pero no entreguemos sus bienes y si la impiedad y la falsa ilustracion del siglo llama *rebeldia* y *desobediencia* á esta resistencia, Dios y su Iglesia la llaman fortaleza sacerdotal y le concede la palma del martìrio. Asi lo entendieron y por eso la consiguieron el Obispo de Cracovia San Estanislao, Santo Tomas de Cantòrberi y otros muchos.

Debemos sostener y defender cuanto corresponde à la jurisdicion è inmunidad de la Iglesia hasta derramar la sangre. No hay miedo, no hay fuerza que nos pueda escusar de ello: no vale ningun pretesto para eximirnos de esta obligacion, ni el evitar mayores males, ni los temores del cisma, ni cuanto nos sugiera el amor propio, el amor del mundo y el temor de perder las comodidades. La verdad es una y la verdad no se oculta á quien la busca. La ley de Dios, las leyes de la Iglesia no engañan y estan bien claras y patentes. ¿Què importa ganar todo el mundo si perdemos el alma? Para tales casos principalmente nos dejò este documento nuestro divino Maestro. Por eso padecemos asi, porque no le hemos oido, porque hemos pecado contra él. *Meritó hæc pàtimur, quia peccàvimus in fratrem nostrum.*

¡Cuànto tiempo hace, cuantos años que por condescendencias, por respetos humanos, por adulacion á las potestades del siglo, por temor á ellas hemos faltado à nuestro deber, hemos hecho traicion à nuestro ministerio, se la hemos hecho à la Iglesia, hemos entregado sus bienes sus vasos sagrados, no hemos defendido su jurisdicion, su libertad, su inmunídad, la hemos entregado, la hemos dejado à la merced, à la disposicion, al arbitrio del poder del siglo; no se ha hecho, en verdad, sin dolor y sin conocerlo, pero ha faltado la fortaleza sacerdotal y por eso: *hæc pâtimur, quia peccàvimus in fratrem nostrum.* ¿Es esto asi, hermanos nuestros? ¿No lo conocemos ya? ¡Cuàntos males no siente nuestra Iglesia hace muchos años por esto mismo! ¡Cuántos no llora en la actualidad! ¡Cuántos cismas en las Diócesis, cuanta usurpacion de la jurisdicìon de la Iglesia; cuantos intrusos, cuantos lobos que lo devoran todo por debilidad y falta de fortaleza! ¡No son pocos los que lloran ya su debilidad y el escándalo que han dado á los fieles!

Amados nuestros, entre cada uno la mano en su pecho, miremos todos lo que tenemos que enmendar y reparar en esta parte; y cuando tenemos tiempo reparemóslo y

obremos el bien: acordèmonos de los Crisòstomos y su clero y de otros muchos ejemplos que tenemos bien recientes dentro de nuestra casa.

Asi amados nuestros, debemos conducirnos en el presente conflicto en cuanto á la defensa de la Religion y de la Iglesia, sea en público cuantas veces se presente ocasion luchando contra el poder è impiedad del siglo, ó sea en secreto instruyendo, desengañando á los fieles y fortaleciéndolos en la fé y religion de sus padres. Los enemigos redoblan sus esfuerzos para destruirla, y no deben ser menores los nuestros para conservarla. Mayor cuidado y vigilancia es necesaria cuando el rebaño està acometído y rodeado de lobos, que cuando se halla libre de ellos, y no llenaremos nuestro deber si creemos cumplir con solo el trabajo que seria suficiente cuando no hay ningun peligro. Sabeis lo que nos dice el Señor por los Profetas Jeremías en el capítulo veinte y tres, y Ezequiel en los treinta y tres y treinta y cuatro. *¡Ay! de los centinelas. ¡Ay! de los Pastores si se pierde la ciudad, si se pierde el rebaño por su culpa.*

Pero si la posicion en que estamos unos, y en que à otros tienen los perseguidores nó les permiten hablar, enseñar, predicar ni aun conversar con los fieles, ¿qué deberemos hacer entonces? ¿Còmo obraremos en defensa de la Religion y de la Iglesia? ¡O amados hermanos nuestros! ¿Què deberemos hacer? No es posible lo ignoremos alguno. ¡O muy amados nuestros! ¡Hijos nuestros, Clero amado de nuestra Diòcesi! ¡Clero todo de España oprimido y perseguido del modo mas violento, arrojado ó de tu patria, ó de tu ministerío, ò sin libertad para egercerle! á la vista de tanto mal y de tantos hermanos nuestros asesinados por el furor revolucionario conducido del odio á nuestro ministerio, Clero de nuestra amada Diócesi arrojado de la tierra santa de la casa de Dios confinado á la Babilonia del mundo: ¿què haremos, dices? ¿Te has sentado á llorar sobre las márgenes de los ríos de amargura y de dolor? ¿Has trocado los dulces cànticos

con que alegrabas tu amada Sion, en lamentos y lágrimas de afliccion y penitencia al considerar como está triste, sola y desconsolada? ¿Podrás consolarte á la vista de la abominacion y desolacion en el lugar santo? ¿Podràs tener consuelo ni descanso hasta ver reedificada y en su antiguo esplendor la casa de Dios? ¡O amados nuestros! olvidèmonos antes de nuestra mano derecha y quede sin movimiento, pèguese nuestra lengua al paladar y no articule palabra antes que olvidarnos y antes que dejemos de hablar á nuestra amada Jerusalen. Si, amados nuestros, esto hagamos, sean nuestros suspiros, nuestras palabras, nuestras obras santas por nuestra Religion amada, por nuestra Iglesia santa, por las almas redimidas con la sangre de Jesucristo; esto sea el objeto de nuestra ocupacion y el consuelo ùnico que tengamos en el lugar de nuestro destierro, en medio de nuestros trabajos y amarguras. Pidamos á Dios sin cesar el remedio de tantos males, obliguemos àsu misericordia con una vida irreprensible que sirva de modelo y ejemplo á todos. Ved lo que debemos y lo que podemos hacer, sea la que fuere nuestra situacion y circunstancias.

El Profeta Jeremías dice: que los trabajos del mundo, que la desolacion de toda la tierra no tienen otro principio que el descuido, el abandono en que han caido los hombres de recurrir á Dios por medio de la oracion. Y si esta ocúpacion, si esta obligacion comprende á todos, ¿cuál serà respecto de nosotros y en tales circunstancias? Si con toda intencion, con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con una conciencia pura nos dedicásemos á buscar al Señor por medio de la oracion, pronto habria orden y paz y pronto se restableceria la piedad y la Religion. Esto debemos hacer: buscar al Señor.

Debemos tambien ocuparnos en nosotros mismos y en conocernos para dirigir nuestros caminos. Ved nuestra principal y mejor ocupacion en nuestra triste situacion. Conocernos à nosotros mismos, pues que este conocimiento, mas que otra cosa alguna nos humillará delante de Dios y nos enseñarà cual ha sido y cual debe ser nues-

tra conducta para aplacar la ira del Señor que hemos irritado contra nosotros.

Puede ser conducente á este fin traer à nuestra memoria lo que digimos en nuestra instruccion pastoral espedida en Mirambel en el año anterior. Hablando allí de la indiferencia en materia de la Religion como origen de todos los males que hoy padece la Iglesia y el pueblo cristiano, de aquella indiferencia, no precisamente de los que dicen en su corazon „*no hay Dios*" y que niegan y desprecian toda Religion, sino de aquella que consiste en cierta tibieza, frialdad y descuido, en cierto fastidio en cuanto es concerniente á la Religion de Jesucristo, á la sòlida instruccion y conocimiento de ella, á su práctica y observancia, al respeto de sus ministros y de sus templos, à su verdadera jurisdicion y autoridad, y en cierto deseo de someterla á la autoridad del siglo: preguntàbamos y decíamos á todos los Eclesiásticos, Sacerdotes y Ministros del Señor. ¿Advertis, veis y llorais esta desgracia en el pueblo? ¿Y por ventura esta desgracia misma, esta indiferencia, esta apatía y frialdad, este descuido con respecto à nuestra Religion santa y á nuestras obligaciones ha penetrado tambien al Sacerdocio? Nosotros ministros del Señor llamados al servicio de sus Altares ¿nos empleamos de continuo en la meditacion de los altos y consoladores misterios de nuestra Religion divina, de sus eternas y terribles verdades y de su ley santa è inmaculada? ¿Hacemos todo el aprecio que es posible de los Santos Sacramentos, y cual conviene á los que de continuo los reciben y administran? En el templo del Señor, ¿estamos con el respeto y veneracion que le es debido y capaz de infundirla á todos los fieles? ¿Nuestra conversacion, nuestro trato grave y modesto, nuestro trage, nuestro retiro de los seglares, la aplicacion al estudio, á la oracion es tal cual debe ser en los Eclesiàsticos, y capaz de conciliarnos el respeto y veneracion debida á nuestro estado y carácter? Somos los primeros y mas exactos en cumplir las leyes y preceptos de la Iglesia y los Santos Canones que hablan

con nosotros? ¿Hemos sido exactos en todo esto? O por el contrario ¿ ha reinado en nosotros una mortal indiferencia, un decaimiento, una languidez y una apatía tan agena de ministros del Hombre Dios que siempre vivió entre afanes y trabajos, entre amarguras, sudores y lágrimas, toleró el oprobio y la desdicha, y sufriò la muerte, y y muerte de cruz por nosotros?

Estas y otras preguntas, amados nuestros, hicimos entonces. Entremos dentro de nosotros mismos, y sea nuestra ocupacion meditarlas con seriedad. Oigamos en el silencio de nuestro corazon lo que nos dicta y nos dice nuestra conciencia que jamas engaña. Ella nos dirá y no podremos menos de conocer que es asi, ella nos dirà cuan general ha sido entre nosotros la tibieza, la frialdad, la indiferencia, la falta de celo por la salud del pueblo cristiano, la pereza, la negligencia en el cumplimiento de nuestro ministerio, el demasiado amor del mundo y al trato con los seglares, y la propension de muchos á mezclarse en negocios y negociaciones temporales, y la poca y casi ninguna aplicacion en la mayor parte al estudio y á la oracion. Nos dictarà y hará conocer la poca circunspeccion y compostura aun en los templos y funciones del culto; y sobre todo nos dictará nuestra conciencia, nos enseñará y dirá cuan poco se han aplicado y trabajado en la instruccion y pasto espiritual de los fieles la mayor parte de los Sacerdotes ministros del Señor, desentendiéndose de este cargo esencial à su ministerio y sagrado carácter, nos hará finalmente el mas triste y terrible de todos los cargos á que en nuestro concepto no podremos responder, á saber: que de nuestro descuido y apatía, de la falta de nuestro celo en instruir à los fieles en las verdades y misterios de nuestra Religion santa y en la Ley inmaculada de Dios y en suministrarles el pasto espiritual, ha nacido su comun y lamentable ignorancia y poca piedad, y que esta falta de piedad y esta ignorancia son una de las causas principales de los males que padece la Religion, la Iglesia y la Patria.

Tristes verdades; pero dichosos nosotros si alguna vez las conocemos y nos sirven para humillarnos delante de Dios y reparar estos mismos males por cuantos medios estén à nuestro alcance en la situacion presente en que nos hallamos. ¡Tristes verdades! pero dichosos nosotros todavía, si conociéndolas conocemos tambien lo que debemos hacer, y despertando del letargo en que hemos estado oimos al Apóstol que nos dice: *Tempus est jam de somno surgere*: tiempo es ya de despertar; tiempo es ya de conocer el estado en que se halla la Religion, en que se halla la Iglesia y en el que nosotros nos hallamos; tiempo es ya de saber lo que debemos hacer en tal conflicto.

Si en èl, no podemos dar un testimonio á nuestra fè y Religion como los Fructuosos, Valerios y Vicentes, si no podemos por la malicia y astucia de los tiranos de estos tiempos perder la vida del modo que aquellos, perdàmosla porque no se blasfeme, porque no se hable y se escriba contra ella del modo que se hace. Los que por sus circunstancias no puedan menos de hallarse bajo la dominacion de un gobierno que lo es solo por la fuerza y que ha mandado ò permitido y permite todo esto, miren y consideren como y en que le obedecen, y que *antes es obedecer á Dios que á los hombres*, como decian los Santos Apóstoles.

Si nuestra ciencia é instruccion, si nuestra libertad y recursos no son como la de los Leandros y Fulgencios para escribir y circular escritos en defensa de nuestra Religion santa y contra las impiedades del dia y sus propagadores y defensores, y los que las permiten y fomentan, trabajemos sin cesar del modo posible en pùblico y en secreto para sostener y alentar á los débiles en la fé, para confirmar á los fuertes en ella, para instruir á los ignorantes, para advertir à todos del peligro en que se hallan y del que corre en nuestra patria la Religion de nuestros padres, que clamen al cielo nos libre de tanto mal entablando para conseguirlo, la reforma de las costumbres y una vida santa.

Si no podemos sostener el culto del Señor y menos aumentarle, restaurando los templos arruinados y fundando monasterios, como lo hacian los Froilanes y otros muchos, seamos nosotros y hagamos sean los fieles templos vivos de Dios, y que nuestra devocion, nuestra piedad y la suya con una verdadera penitencia supla el culto, que la impía persecucion ha quitado y suprimido. Por fin, si ni aun nos es posible, porque sin duda se nos calificaria como autores ó fomentadores de rebelion, retirarnos á un desierto como San Frutos, huyendo de la impiedad y de la vista de un mundo corrompido para llorar los males de la Iglesia y de la patria y aplacar la ira de un Dios ofendido, formemos un retiro y una soledad continua en nuestro corazon, huyendo del trato y comunicacion de un mundo insensato, entreguémonos de una vez á solo el cumplimiento de nuestro ministerio, á lo que pide y exige de nosotros la santidad de nuestro estado y caràcter; en una palabra, á la oracion, al estudio, à la celebracion del santo sacrificio con la disposicion interior y esterior que pide el acto mas sublime y tremendo de nuestra Religion. Sea tambien nuestro trage esterior con arreglo à los Santos Cánones y à la costumbre inconcusa que siempre han observado y observan los Eclesiàsticos morigerados de España.

Seria por cierto, amados hermanos nuestros, una cosa tristemente prodigiosa el que en medio de los mayores trabajos y desgracias que jamás ha esperimentado la Religion y la Iglesia en nuestra patria y que jamás ha sufrido la patria misma, nosotros los Eclesiàsticos, bien los que estamos en pais en que podemos egercer libremente nuestro ministerio, ó ya sea los que tienen la desgracia de permanecer bajo el yugo del gobierno que los causa, estuviésemos entregados al ocio, à la disipacion, à la ridiculez del trage è inmodestia à la sombra de mil frívolos pretestos de las circunstancias; que se pase el tiempo en conversaciones inútiles, en planes y proyectos que no tienen que ver con nuestro estado y profesion, y por fin

seria la mayor de las desgracias que cuando vemos la Iglesia desolada, la Religion perseguida y con peligro de emigrar de nuestra patria; cuando miramos tanto número de fieles unos por malicia, otros por ignorancia volverse contra ella; cuando tantos lobos unos oculta, y otros manifiestamente devoran el rebaño de Jesucristo; cuando palpamos la inundacion de doctrinas impias estendida por toda España, y la corrupcion de costumbres que obscurece y desfigura al Cristianismo; nosotros los Sacerdotes y ministros del Señor, nosotros que sabemos que no hemos de entrar solos en el Cielo, sin conducir à los otros à la misma bienaventuranza, ¿permaneceremos en una fria è indiferente espectacion?

Amados hermanos nuestros, no queramos engañarnos tan de valde: ninguna escusa legítima podemos dar para no cumplir con nuestros deberes. No hay circunstancias, no hay situacion, no hay poder en el mundo que nos impida el hablar, el escribir, el predicar en favor de nuestra Religion santa, y de la Iglesia, ni el instruir á los fieles en cuanto es conducente para el bien de sus almas y para oponernos al torrente de irreligion y de impiedad que por todas partes vemos y lloramos. Pero si tuviésemos obstàculos para egercer alguna de las dichas funciones ¿podremos alegarlos para no ocuparnos en la oracion, en las làgrimas, en la penitencia y mortificacion, en el estudio, en la circunspeccion, modestia y gravedad, y para ser irreprensibles en nuestra conducta y costumbres de modo que nadie tenga que decir de nosotros? ¿Habrà obstàculo alguno para los que están libres del gobierno perseguidor que les impida vestir el trage propio de nuestro estado? Todo lo que se alegue en contrario mas que otra cosa es efecto de relajacion y de conducta aseglarada formada insensiblemente del trato y comunicacion demasiada con seglares que tanto ha perjudicado y perjudica á nuestro estado.

Jamas, hermanos nuestros, podemos considerar y conocer bastante los gravìsimos males que ha causado à los

Eclesiásticos en lo espiritual como en lo temporal el poco retiro del mundo. Puede asegurarse que el desprecio, el abatimiento en que se halla el estado eclesiàstico en España, en la nacion mas católica y religiosa no tiene otro orígen y principio. No es menos cierto que la disipacion, la ignorancia, la falta de oracion y devocion, distraccion y ociosidad que se ha notado en tantos y tantos ministros del Señor, no dimana de otra causa que de este demasiado trato con el mundo tan contrario á nuestro estado y ocupaciones que le son propias. Bien cierto es que si *nuestra conversacion y trato hubiese sido con Dios*, como nos lo amonesta el Apóstol, si nuestra comunicacion y trato con los seglares no hubiese sido otro que el que pide el egercicio de nuestro ministerio, no hubiera llegado al estremo que han llegado la maledicencia y las calumnias contra nosotros.

Nunca, amados nuestros, hemos considerado bien que por nuestro estado mismo hemos sido y debemos estar separados del mundo, y aun de cuanto nos puede ser mas caro y estimado en él. Asi nos lo enseña con su ejemplo y con sus palabras nuestro divino Maestro Jesus, èl mismo decia á sus padres segun la carne: *¿an nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt oportet me esse?* *¿Quien es mi padre, quien es mi madre*, decia en otra parte *y quienes mis hermanos? El que hace la voluntad de Dios este es mi hermano, mi hermana, mi madre y mi padre.* A un joven á quien mandó seguirle, no le dió permiso para ir á enterrar á su padre. Un corazon desnudo de todo afecto terreno es lo que forma un verdadero Sacerdote, y lo dispone para llenar las funciones de su ministerio. *Perfectio tua, Domine, et doctrina tua viro sancto tuo qui dixit Patri suo et matri suæ, nescio vos, et fratribus suis ignoro vos.* El Apóstol San Pablo decia: *cuando agrado à aquel que me separó del vientre de mi madre, y me llamò por su gracia, en nada obedecì ni conté ya con la carne y con la sangre.* Y en otra parte: *Separado por la gracia de Dios para la predicacion del Evangelio. Pi-*

sando al padre y á la madre, decia San Gerónimo á Elio-doro, *camina*, *vuela desnudo à la cruz de Cristo.*

Tan cierto es, amados hermanos, que nosotros desde que fuimos llamados y consagrados al Señor y al servicio de sus altares fuimos tambien segregados y separados de los negocios, del trato y conversacion del mundo. Pero si todavia no es suficiente lo dicho para convencernos, atendamos à la triste leccion que nos da el mismo mundo, y que Dios misericordioso permite tan eficaz para convencernos. ¿No es verdad, amados nuestros, que el mundo no nos quiere? ¿No es cierto que estamos convencidos de ello por una larga y lastimosa esperiencia? Todos los dias vemos y esperimentamos que el mundo, lejos de compadecerse de nuestra situacion desgraciada, nos desprecia, nos aborrece mas que nunca. ¿No lo vemos? ¿No lo decimos asi?

Pues bien, hermanos nuestros; si hasta ahora no ha sido bastante para hacernos conocer la necesidad en que estamos de abstraernos y separarnos del trato del mundo y de los seglares ni la santidad y obligacion de nuestro estado, ni la doctrina ni ejemplos de los Santos y la del Santo de los Santos, escarmentemos y aprendàmoslo de las lecciones que todos los dias nos dá el mundo mismo. El nos desprecia y abòrrece, hagamos lo mismo nosotros con èl: los seglares no nos quieren, pues aunque no sea por lo que nuestro estado exige de nosotros, al menos por política, por educacion dejémoslos en su paz, no los molestemos, no nos entendamos con ellos, no los busquemos sino en cumplimiento de nuestro ministerio. Ellos estarán contentos y nosotros llenaremos uno de nuestros mas sagrados deberes. Entonces tendremos tiempo para todo lo que es de nuestro ministerio; para estudiar, para orar, para defender la Religion, para instruirnos é instruirlos en ella: entonces no les daremos ocasion para la maledicencia contra nosotros: entonces, (entendedlo bien, hermanos nuestros,) entonces nos estimarán, nos buscarán, no lo dudeis; pero nunca les correspondamos sino para ganarlos para Dios.

¡Eclesiàsticos jòvenes! ¡O mis amados jòvenes Eclesiásticos recientemente consagrados al servicio de la casa de Dios y que la habeis escogido por vuestra heredad y de vuestro caliz! Vosotros que en medio de tantos peligros, con tantos afanes y trabajos, sin aliciente alguno temporal os habeis decidido á entrar en el Santuario y á tomar sobre vuestros hombros el yugo del Señor; ¿habeis meditado bien la carga impuesta sobre vuestros hombros? ¿Sabeis á lo que habeis venido á la Iglesia? Vuestra vocacion sin duda es verdadera y probada, pues ni los mayores peligros os han retraido de ella. Vosotros pues os habeis alistado por ministros de Jesucristo; ¿pero sabeis donde y en que parte del mundo egercereis vuestro ministerio? Mas esto nada importa: en donde os coloque la divina providencia, en donde podais servir à la salvacion de las almas, allí es vuestra patria, alli está vuestro padre y vuestra madre. Muchos de nuestros hermanos y aun de los consagrados á Dios al mismo tiempo que vosotros ya han surcado los mares y siguiendo el llamamiento de la divina providencia se han trasladado al Africa, al Asia y América. Nada importa esto; todo es pais propio para el siervo de Jesucristo con tal que pueda trabajar en su viña.

Lo que importa, amados nuestros, es que reflexioneis sobre esto mismo y á lo que os habeis comprometido: nada teneis que esperar del mundo. Vuestra conducta, vuestra vida del todo eclesiàstica y dedicada al servicio de Dios y salvacion de las almas es la ùnica felicidad que podeis y debeis prometeros. Ved pues como andais; si os conducis como prudentes y sabios, y no como descuidados ignorantes, porque los dias en que vivis son malos. Empezais vuestra carrera, ved como correis en ella. Tomad por guia de vuestra vida eclesiástica y apostòlica, la regla que jamas engaña, la vida de Jesucristo y su doctrina, la vida de los Apóstoles y lo que ordenan y mandan los sagrados Canones. Si los tiempos difíciles en que habeis recibido la gracia de la ordenacion han obligado à usar con vosotros de condescendencia no solo en el trage,

si tambien en la suficiencia que debeis tener para ascender al Sacerdocio, sùplalo ahora el continuo estudio y aplicacion, el retiro del mundo y trato con los seglares, la modestia y circunspeccion, el arreglo en vuestro trage, sobre todo el egercicio de la oracion. Estad persuadidos y fijad en vuestro corazon, que el ministro del Evangelio debe fiar mas en la oracion que en su trabajo y en su ciencia; y que un Sacerdote sin oracion es un cuerpo sin alma.

Por fin, amados nuestros, concluimos este primer punto de nuestra instruccion, teniendo presentes todos nosotros, ancianos y jóvenes, lo que á todos nos dice el Apostol San Pablo, á saber: «*Exhibeàmus nos metipsos sicut Dei ministros, in multa patientia in tribulatiònibus, in necessitàtibus, in angustiis, in plagis, in carcèribus, in seditiònibus, in labòribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitàte, in scientia, in longanimitàte, in suavitàte, in Spìritu Sancto, in charitâte non ficta, in verbo veritátis, in virtute Dei, per arma justitiæ, â dextris et á sìnistris, per gloriam et ignobilitátem, per infamiam et bonam famam: ut seductòres et veráces; sicut qui ignoti et cògniti; quasi morièntes et ecce vivimus: ut castigàti et non mortificâti: quasi tristes semper autem gaudèntes: sicut egèntes multos autem locupletântes; tamquam nihil habèntes et omnia possidèntes.*» Todo cuanto os hemos dicho hasta ahora, y nos conviene en el estado en que nos hallamos, está comprendido en estas palabras del Apòstol.

Pasemos ya á tratar de lo que deberemos hacer cuando Dios nuestro Señor quiera por su infinita misericordia dar la paz á nuestra Iglesia, y restituirnos al egercicio de nuestro ministerio.

MORELLA: Imprenta de la Real Junta de Gobierno.
